

españoles se habían olvidado de echar á pique, estalló como un volcan sobre la ciudad y sobre el mar. Formidable despedida, en la cual la guerra civil hizo llover fuego sobre los vencidos y sobre los vencedores.

Al siguiente día los ingleses levaron anclas, llevándose los navíos que no pudieron incendiar, y se hicieron á la vela. Los refugiados de Tolon fueron transportados casi todos á Liorna, y la mayor parte se establecieron en Toscana; sus familias aún subsisten allí, como lo atestiguan los muchos apellidos franceses que se encuentran entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

XX

El 20 de Diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habían desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del anciano general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se había derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de Francia. «¡Que las bombas y la mina—dijo Barere—destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede más que un puerto militar habitado solamente por los defensores de la república!»

LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris.—Madama Roland en la cárcel.—Escribe sus Memorias.—Su carta á Robespierre.—Su causa.—Su sentencia.—Su muerte.—Suicidio de Roland.

I

Aquellos combates, igualmente heroicos y atroces, entre la república y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habían interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos, parecia que la guillotina se había elevado al rango de una institucion que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolucion dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Segun ellos, debía ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal del comité de salud pública, se apresuraba á enviar á la muerte á todos los que se le designaban. El juicio no era más que una breve é inútil formalidad.

El nombre de madama Roland no podia escapar por mucho tiempo al resentimiento del pueblo, porque este nombre significaba todo un partido. Aquella mujer, alma de la Gironda, podia ser una Némesis si se la dejaba sobrevivir á los amigos ilustres que la habían precedido en el sepulcro. Unos vivían aún, y era necesario intimidarlos hiriendo á su ídolo; otros habían muerto, y era necesario humillar su memoria asociándola á la execracion popular que inspiraba una mujer odiosa al pueblo y sospechosa á la libertad. Tales fueron los motivos que hicieron pedir por la municipalidad y por los Jacobinos el juicio de madama Roland.

II

El comité de salud pública, ejecutor que, aunque se afligiese de serlo algunas veces, era siempre complaciente con las voluntades del populacho, inscribió el nombre de madama Roland en las listas que remitía todas las noches á Fouquier-Tinville. Robespierre firmó la lista con un remordimiento visible, que no pudo evitar que se conociese en su semblante. En los primeros tiempos de la residencia en Paris del diputado por Arras, cuando era aún desconocido, había frecuentado la casa de

aquella mujer. En la época en que la Asamblea constituyente humillaba el orgullo y despreciaba la palabra de Robespierre, madama Roland adivinó su genio, honró su obstinacion y animó su desconocida elocuencia. Este recuerdo pesaba sobre la mano del miembro del comité de salud pública en el momento en que firmaba aquella lista, en la cual sabía muy bien que no habia sido inscrito nadie que no fuese desde el tribunal al cadalso. Madama Roland y Robespierre habian principiado juntos la revolucion, y la revolucion los habia conducido, al uno á la cima del poder, y á la otra al colmo de la adversidad. Robespierre debia tal vez al estímulo de esta mujer el imperio que tenia sobre la opinion, imperio que le daba el derecho de salvarla ó de perderla. Todo hombre generoso se hubiera conmovido con estas relaciones y este recuerdo. Robespierre era estoico, tomaba la inflexibilidad por la fuerza, y la obstinacion por firmeza de voluntad. Se hubiera arrancado él mismo su corazon si éste hubiera sido capaz de aconsejarle una debilidad; el espíritu de sistema habia muerto en él la naturaleza; se creia ser superior al hombre inmolando la humanidad. Cuanto más sufría por esta violencia, tanto más justo se creia, y habia llegado á un extremo de sofisma y á una exageracion tal de una falsa virtud, que rechazaba de sí, reputándolos como crímenes, todos sus buenos sentimientos.

Madama Roland estaba encerrada en la cárcel de la Abadía desde el 31 de Mayo. Hay almas á quienes la posteridad contempla con más curiosidad y con más interes que á todo un imperio, porque ellas reasumen en su situacion, en su sensibilidad, en su elevacion y en su caida todas las vicisitudes, todas las catástrofes, toda la gloria y todo el infortunio de su época. Madama Roland era una de estas almas. En su vehemencia, en su pasion, en sus ilusiones, en su martirio, en su abatimiento actual, y tambien en su inmortal esperanza, personificaba desde el interior de su calabozo toda la revolucion. Aislada del resto del universo, arrancada á un padre, á un esposo y á una hija, inundaba con torrentes de lágrimas interiores el fuego de una imaginacion ardiente, unida como una llama á los restos de un buque incendiado.

III

Los carceleros de la Abadía endulzaron cuanto la tristeza de las paredes de una cárcel lo permitian el cautiverio de aquella célebre mujer. Hay seres á quienes no se les puede perseguir sino de léjos. La hermosura ablanda todos los corazones que á ella se aproximan. A madama Roland se le dió, sin que lo supiesen los agentes de la municipalidad, una habitacion alumbrada por los rayos del sol, y le permitieron tener flores. Cuando aquella mujer era dichosa, gustaba mucho de ellas, mirándolas como el lujo más divino y ménos caro. Las rejas de su calabozo, cubiertas de frondosas enredaderas, al ménos le hacian formarse la ilusion de que se hallaba en completa libertad; permitiósele que hablase con algunos amigos, y muy particularmente con los libros, deseo favorito de aquella alma poética, que al recorrer sus páginas creia conversar con las grandes almas de la antigüedad. Tranquila por la suerte de su marido, que sabía estaba refugiado en Rouen, en casa de un amigo de confianza; tranquila por el porvenir de su hija, que su amigo Bose, administrador del Jardin botánico, habia confiado á madama Creuzé de La-

touche, su madre adoptiva; orgullosa de sufrir por la libertad, y feliz en padecer por sus amigos, experimentó una especie de sosiego voluptuoso de sus sensaciones en el silencio y en la soledad de su calabozo. La naturaleza ha puesto la calma en el exceso del infortunio, como una cama mullida en el fondo de un abismo, para endulzar la sensacion de la caida á los desgraciados. La certeza de no poder caer más abajo, el desafío á los hombres de llevar más léjos su venganza, y el goce interior de su propio valor, hacen al paciente superior al verdugo. Estos tres sentimientos sostenian á la vez á madama Roland, haciendo de sus sufrimientos un glorioso espectáculo para ella, en cuyo drama era á un mismo tiempo la protagonista y el espectador.

Separóse con el pensamiento del mundo, del tiempo y de sí misma, y quiso vivir anticipadamente en la posteridad. Ni los goces del mundo ni la moral del cristianismo tuvieron influencia sobre el alma de aquella mujer para hacerle resignarse con su suerte. Su aversion á todo lo que creia supersticion habia debilitado en ella hasta la fe en un Dios presente y en una inmortalidad segura. Mujer de la antigüedad pagánica en los dias del cristianismo, su virtud era romana como sus opiniones. Su providencia consistia en la opinion de los hombres, y su cielo era la posteridad.

De todos los dioses, ella no invocaba más que el porvenir. Una especie de deber



Incendio del puerto de Tolon.—Pág. 239.

abstracto y estoico, que se juzga á sí mismo y que halla en este juicio su propia recompensa, le servía de esperanza, de consuelo y de piedad; pero su alma era tan fuerte y tan pura, que aquella virtud sin recompensa y sin pruebas le bastaba para mantenerse de pié en la adversidad y firme á la vista del cadalso.

No pudiendo, pues, obrar, se recogió dentro de su propio pensamiento. Se procuró por la complicidad de sus guardias algunos pliegos de papel, tinta y una pluma, y escribió en fragmentos su vida pública y privada. Cada día ocultaba una de estas páginas á la vigilancia de sus guardianes, confiándolas á Bosc, que las ocultaba cuidadosamente, guardándolas para otros tiempos mejores. Con esto le parecía á madama Roland que habia robado un año de su vida á la muerte, y que ocultaba á la nada lo que consideraba como la mejor parte de sí misma: su recuerdo. En aquellas páginas mezclaba, con el desorden y con la precipitacion de un pensamiento que no tiene un mañana, los sueños más femeniles de su infancia y las preocupaciones más lúgubres de su prision. En el mismo libro se ve á la jóven en la buhardilla de la calle de Plateros aspirando amor y gloria, y un paso más adelante la cautiva aislada en su calabozo, separada de su hija, de su esposo y de sus amigos, deshojando una á una todas sus ternuras, todas sus ilusiones, todas sus esperanzas, y á quien aguarda el cadalso.

IV

Sin embargo, aunque este libro esté dedicado, segun las apariencias, á la posteridad, se conoce en ciertas señales de inteligencia que se hallan en él que se dirigia sobre todo al alma de un confidente desconocido. Madama Roland esperaba que despues de su muerte, el ojo perspicaz de un amigo tierno traduciria los pensamientos de su alma y veria con toda claridad en aquellas páginas las ilusiones, los suspiros y las revelaciones de su corazon. Estas Memorias son una especie de conversacion en voz baja, de la que el público pierde una gran parte; son una conversacion suprema, ó la despedida del mundo de un alma grande. Se teme á cada palabra que se va leyendo que la confidencia sea interrumpida por la llegada del verdugo, y se cree que la cuchilla está suspensa sobre el escritor, pronta á cortar el pensamiento á una con la cabeza.

Estos solaces de su cautiverio endulzaron las sensaciones de su tristeza disipándolas. La palabra es en estos casos una venganza; la indignacion que se exhala nos consuela. La cautiva tenia algunos momentos de esperanza, y aun llegó á verse en libertad por espacio de algunas horas. Ebria de alegría, se apresuró á ir á su casa para abrazar á su hija y para volver á ver el hogar doméstico; pero aquella libertad de un dia no era más que un lazo de sus perseguidores. Los satélites de la municipalidad espiaban su gozo para envenenarlo, y aguardándola á la entrada de su casa, no la dejaron tocar á la puerta, ni pisar sus umbrales, ni oír la voz de su hija, ni ver las lágrimas de sus criados. A pesar de sus súplicas, la detuvieron y la arrojaron, apénas se creyó libre, á la cárcel de Santa Pelagia, sentina de vicios en donde se recogia á las prostitutas de las calles de Paris. Tratóse de envilecerla con su contacto y de martirizarla en su pudor. Sus costumbres, sus conversaciones y su lepra moral ofendieron sus ojos, sus oídos y su pureza. Habia aceptado la muerte, y la condenaban á la infamia.

La compasion de sus carceleros la sacó de aquel cenagal, dándole un cuarto, una mala cama y una mesa. Allí continuó sus Memorias, y vió algunas veces á sus amigos Bosc y Champagneux. El cobarde Lanthenas, confidente asiduo de su hogar en los dias de su poder, y el ingrato Pache, elevado por ella y por su marido al poder, estaban el uno en la cima de la Montaña y el otro en la cima de la municipalidad; pero ambos afectaron no conocerla. Danton, que estaba



Madama Roland en Santa Pelagia.—Pág. 244.

ausente, volvió la vista hácia otro lado, y Robespierre no osaba ocultar una cabeza al pueblo. Sin embargo, la antigua amistad que habia existido entre él y madama Roland, dió á la cautiva un instante de esperanza y casi de debilidad. Estaba indispueta en la enfermería de la cárcel; un médico que se decia amigo de Robespierre fué á visitarla, y le habló de él. «He conocido á Robespierre,—dijo ella,— y le he estimado mucho, creyéndole un amigo sincero de la libertad; pero temo que en el dia ame el despotismo, y quizá la venganza. Le creo susceptible de prevencion, fácil en apasionarse, lento en abandonar sus juicios, juzgando culpables con demasiada ligereza á todos los que no participan de sus opiniones. Yo le he visto mucho; pedidle que ponga la mano sobre su conciencia, y que os diga si

piensa mal de mí.» Esta conversacion le sugirió la idea de dirigirse á Robespierre, y habiendo cedido á ella, le escribió.

V

«Robespierre, —le decia en aquella carta á la vez patética y provocativa, —voy á probaros: os repito lo que he dicho al amigo que os dará este billete. Ya podeis pensar que no voy á suplicaros nada; jamás me he bajado á nadie, y no sería desde el interior de una cárcel desde donde yo dirigiria una súplica al hombre que tiene poder para abrírmela. El ruego se ha hecho para los culpables y para los esclavos. La inocencia se justifica, y es bastante. La queja tampoco me conviene, porque sé sufrir. Tambien sé que en el nacimiento de las repúblicas, las revoluciones escogen por víctimas á los mismos que las han llevado á cabo: ésta es su suerte; sólo la historia las vengá. Pero ¿por qué singularidad, yo, mujer, estoy expuesta á las tempestades que no caen ordinariamente sino sobre los grandes actores de las revoluciones?... Robespierre, os desafío á que creais con fundamento que Roland no es un hombre honrado; vos le habeis conocido; tiene la rudeza de la virtud, como Caton tenia su aspereza. Estaba disgustado de los negocios, irritado de las persecuciones, fastidiado del mundo y cansado por los años y por los trabajos; no queria más que lamentarse en un retiro ignorado, y oscurecerse allí en el silencio para evitar un crimen á su siglo. Mi pretendida complicidad sería graciosa si no fuese atroz. ¿De dónde procede si no esa animosidad contra mí, que jamás he hecho mal á nadie, y que no sé ni aun deseárla á los que me le hacen? Educada en el retiro, nutrida de estudios serios que han desarrollado en mí algun tanto de carácter, entregada á gustos sencillos, entusiasta por la revolucion, extraña á los negocios por mi sexo, pero hablando de ellos con calor, he despreciado las primeras calumnias lanzadas contra mí, creyéndolas un tributo forzoso pagado á la envidia por una situacion que el vulgo tenia la simpleza de mirar como elevada, y á la que yo preferia el estado pacífico en que habia pasado tan dichosos dias...

»Sin embargo, ¡me veo presa hace cinco meses, y arrancada de los brazos de mi hija, que no puede tampoco reposar en el seno que la ha criado! ¡Alejada de todo lo que me es más querido, objeto de las invectivas de un pueblo engañado, oyendo bajo mis ventanas á los centinelas que me vigilan hablar de mi próximo suplicio, leyendo las asquerosas diatribas que vomitan contra mí escritores que nunca me han visto!... Nada he dicho, nada he pedido, ni he fatigado á nadie con mis reclamaciones: orgullosa de luchar con mi mala fortuna y de tenerla sujeta bajo mis piés...

»Robespierre, no es para excitar en vos una compasion á la cual soy superior, y que tal vez me ofenderia, por lo que os presento este cuadro; es únicamente para vuestra instruccion. La fortuna es voluble, é igualmente lo son los favores populares. Ved la suerte de los que agitaron al pueblo, le complacieron ó le gobernaron, desde Vitelio hasta César, y desde Hippon, arengador de Siracusa, hasta nuestros oradores parisienses... Mario y Sylá proscibieron millares de patricios, un gran número de senadores y una infinidad de desgraciados. ¿Han ahogado acaso á la historia, que los denuncia á la execracion? ¿Fueron por ventura dichosos? Cualquiera

que sea la suerte que me esté reservada, deseo sufrirla de una manera digna de mí, ó evitarla si me conviene. Despues de los horrores de la persecucion, ¿debo temer el del martirio? Hablad: siempre vale algo el saber uno su suerte, y en un alma como la mia se es capaz hasta de mirarla sin temor. Si quereis ser justo y me leeis con recogimiento, mi carta no os será inútil, y sólo con esto tampoco lo será para mi país. En todo caso, Robespierre, él y vos no podeis ignorar que cualquiera que me conozca, no podrá perseguirme sin reinordimientos.»

VI

Bajo el estoicismo aparente de esta carta, se traslucia sin embargo una sorda llamada á la piedad, ó á lo ménos que era una puerta que madama Roland abria para una reconciliacion. Una respuesta favorable de Robespierre le hubiera impuesto el reconocimiento hácia el hombre que persiguió y envió á la muerte á los que ella adoraba. Perder la vida parecia más honroso y más dulce que debérsela á Robespierre. Despues de escribir la carta, la hizo pedazos. No obstante, los guardó como testimonio de un pensamiento de libertad personal sacrificado á su dignidad de mujer de partido y á sus sentimientos de esposa y de amiga. La cautiva se resignó á la muerte.

Entretenia su ocio con la música, la conversacion y la lectura. Con la música adquiria la melancolía, y con los libros la fuerza que requeria su situacion; sobre todo, estudiaba en Tácito, este sublime anatómico de muertos célebres, que señala con la mano sobre los cadáveres de tantas víctimas las últimas pulsaciones del dolor y del heroísmo. Se representaba á menudo el suplicio, con el objeto de aprenderlo bien para representarlo con dignidad en el terrible momento. Tuvo tambien la idea de prevenirlo procurándose un veneno. En el momento de tomarlo, escribió á su marido para disculparse de morir ántes que él: «Perdóname, hombre digno del respeto del porvenir, por haber dispuesto de una vida que te habia consagrado. Tus desgracias me habrian detenido si me hubiese sido permitido endulzarlas. No pierdes sino un objeto inútil de inquietudes lastimosas». Despues, volviendo al recuerdo de su hija, escribia: «Tú, cuya dulce imagen penetra mi maternal corazon y debilita mis resoluciones, ¡ah! sin duda no te hubiera dejado sin guía si ellos hubieran podido dejártela. ¡Cruelles! No tienen lástima de la inocencia. Vosotros, amigos míos, dirigid vuestras miradas y vuestros cuidados hácia mi huérfana. No lloreis por una resolucion que pone fin á mis pruebas. Me conoceis, y no creereis que la debilidad ó el espanto me dictan el partido que tomo. Si hubiera quien me asegurase que ante el tribunal adonde han comparecido tantos inocentes tendria yo la libertad de señalar á los tiranos, yo quisiera comparecer en él en este mismo instante».

Un grito vago semejante á una invocacion salió en este momento de su alma, como la religion del último suspiro, que sin saber adónde iba á perderse, trataba de elevarse á una esfera más alta que la nada. «¡Divinidad, Sér Supremo, alma del mundo, principio de lo que yo siento de bueno, de grande y de inmortal en mí, en cuya existencia creo porque es necesario que yo proceda de alguna cosa superior á todo cuanto veo, voy á unirme á tu esencia!»

Hizo su testamento y distribuyó entre su hija, sus amigos y criados su piano,